

# EL ARTESANO.

ORGANO DE LOS INTERESES DE LA "SOCIEDAD DE ARTESANOS."

BUSCAR EN LA EDUCACIÓN LA DISCIPLINA MORAL PARA QUE ELLA ENGENDRE LA LIBERTAD EN TODAS SUS FUERZAS. EN TODOS SUS ESPLENDORES, ES NUESTRO SÍMBOLO, NUESTRO PROGRAMA, NUESTRA ASPIRACIÓN Y NUESTRA ESPERANZA.  
 "PARA UN HOMBRE DE BIEN, SER PERIODISTA ES LA PRIMERA DE LAS PROFESIONES."  
 AMAMOS TANTO Á LA CLASE OBRERA, QUE Á ELLA DEDICAMOS NUESTRA CONSAGRACIÓN Y CARINO.

Redactor, Editor y Administrador,  
**MENARDO REYES.**

**CONTENIDO**  
 Ciencias, Letras, Industrias, Artes.  
 Noticias, Variedades y Avisos

Oficina: número 21, N.  
 CALLE DE LA MERCED.

## EL ARTESANO.

### Discurso

Pronunciado por el Doctor don Federico Pizarro, al hacer su recepción en la Sociedad literaria "El Porvenir".

SEÑOR PRESIDENTE, SEÑORES:

Llamado al seno de esta honorable sociedad por el voto espontáneo de sus miembros, he venido aquí á prestar la promesa reglamentaria, lleno de reconocimiento por el honor que me habeis dispensado sin mercedimientos ningunos de mi parte, y dispuesto al mismo tiempo á coadyuvar al auge y en grandecimiento de ella por todos los medios que se hallen á mi alcance.

Pero no os forjéis ilusiones respecto de mí, señor Presidente. Amplias facultades, instrucción variada y profunda, relevantes prendas personales, y sobre todo, relaciones é influencias de todo género son indispensables para desarrollar su organismo y su vitalidad hasta donde lo permitan el medio en que vive y la índole de su constitución yo, desgraciadamente para mí, no poseo ninguna de dichas condiciones.

Hay, sin embargo, una circunstancia que me consuela y alienta. Las grandes verdades adquiridas por el entendimiento lo mismo que las más arriesgadas empresas humanas, las ciencias como las artes, no son la obra de un solo hombre ni de una sola generación. Ha sido necesario el concurso de muchos hombres y aún de muchas generaciones, para que, después de largas y quizás dolorosas gestaciones, hayan adquirido un asu completo desarrollo y llegado otras á ese grado de esplendor, de cultura y desenvolvimiento, que pasma hoy por el grandioso campo de vista que presenta, y revela desde luego el poder de la inteligencia y la fuerza y eficacia de la voluntad.

Abrid la historia, señor Presidente, y decidme que era la industria en esas remotísimas épocas, que, aunque separadas por largas distancias, se agrupan y confunden en la oscuridad de los tiempos, y que la arqueología misma ha consagrado con los nombres de *Constanz*, de *Cromagnon* y de *Furford*. Decidme, que podría ser cuando el hombre, reducido á unos pocos instrumentos de piedra, groseros toscos, ordinarios, tenía que vivir en las grutas y cavernas de los montes, expuesto siempre á los furrores de la naturaleza y á la inclemencia de las fieras. Decidme, que podía ser cuando aún no se conocía el fuego, á cuyos destellos de luz y de calor comenzaron á nacer mucho después el derecho patrimonial de la familia, base de la futura propiedad las incomparables alegrías del hogar, las tiernas endechas, los dulces cantos de amor!

Solo, desnudo é indefenso, sin relaciones de pueblo ni aún de tribu, sin instituciones sociales ni políticas, sin nociones ni elementos de ninguna clase, y lo que es peor, señor Presidente, sin otros medios de comunicación que el gesto, el ademán, el grito de asombro ó de coraje, de alegría ó de dolor, enérgicos y pintorescos si se quiere, pero impotentes para expresar el pensamiento, su posición sobre la tierra debía de ser desesperada, más miserable y desvalida que la de los demás seres de la naturaleza.

Y sin embargo, señor Presidente, aguijado por la miseria é impelido por la necesidad, creando hoy un instrumento de defensa y mañana otro de

caza ó de labor, de pesca ó de navegación, de agricultura ó pastoreo; bosquejando aquí el grabado, más allá la arquitectura, la escultura y la pintura, y haciendo saltar de improviso la palabra de su boca, viva, fecunda, inmortal, ora en forma de interjección, ora de onomatopeya, abstrayendo y concretando, es decir, elevándose por grados de lo individual ó particular á lo universal é indeterminado, fué el hombre de esos tiempos quien trazó los primeros planos y puso la primera piedra en el edificio de la industria y de las artes, cuyos productos podemos admirar hoy en su infinita variedad de formas en las exposiciones y mercados, á donde son conducidos por el comercio y tráfico del mundo. Qué verdad es, señor Presidente, que ya desde entonces bullía bajo su cráneo, entre las anfractuosidades y circunvoluciones del cerebro, esa *entelechia* divina, germen del pensamiento humano, que había de alumbrar el camino del progreso y constituir en medio de la armonía del universo la principal gloria del hombre.

Qué son los sistemas, las teorías, los métodos científicos?—Esfuerzos combinados de la inteligencia para ilustrar las ciencias y agrandar el poder del hombre, no sólo sobre cuanto le rodea sino también sobre sí mismo por el menudo examen de sus facultades. Pero esos métodos, esas teorías y esos sistemas no han sido hechos de golpe por un solo ingenio ni una sola voluntad. A semejanza de las concreciones minerales, se han formado lentamente por la yuxtaposición de las ideas y de los conocimientos, que, recogidos por la tradición ó diseminados en el arsenal de la historia, se han venido vertiendo de siglo en siglo, de pueblo en pueblo y de generación en generación.

Antes que Nicolás Copérnico, después de haber sometido á nuevo examen los diversos sistemas astronómicos de sus predecesores, hubiese escrito la famosa obra que con el título de *Revoluciones de los cuerpos celestes* le dedicó al fin de sus días al papa Paulo III, Pitágoras, Filolao y Aristarco de Samos, allá por los años de 584 á 489 y 280 á 220 antes de Jesucristo, habían adivinado ya la teoría de la rotación de la tierra y su doble movimiento al rededor del sol, al través de las densas tinieblas que envolvían entonces á la cosmogonía, y más por la intuición de sus facultades que por la fuerza de sus deducciones. De aquí que, sin aminorar en nada la gran personalidad del sabio prusiano, la historia no le haya dejado otro mérito sobre el particular, que el de haber desenterrado el sistema de Aristarco, cubierto como estaba por el polvo de los siglos en los vetustos libros de la filosofía griega y haberlo desenvuelto maravillosamente, confirmando con sus observaciones y estableciéndolo definitivamente entre las ciencias, como una de las conquistas más valiosas de la humanidad.

Y á propósito de este hecho, que cambió de faz la astronomía, bueno es hacer notar lo que son las preocupaciones, y lo que cuesta á veces el alumbramiento de una verdad. Aristarco fué acusado y perseguido como perturbador del sosiego de los dioses, por haber sostenido el movimiento de la tierra; Copérnico no se atrevió á publicar sus ideas, por temor de la muerte que la Roma de los papas hacía suspender sobre la cabeza de aquellos que se atrevían á lanzar una palabra que no estuviera conforme con la palabra de las Santas Escrituras; y nadie ignora que, puesto de rodillas delante de un tribunal incompetente, esa misma doctrina le costó la humillación á Galileo, como antes le había costado la vida á Giordano Bruno su hermosa teoría de *lo infinito de los mundos*.

Cuántos mártires de la ciencia y de la libertad, señor Presidente! Pero la verdad se abre pa-

so á despecho de las iras y persecuciones de la ignorancia, y de ahí que se hayan hecho tan célebres las siguientes palabras de Juan Huss, lanzadas al rostro del infame Concilio de Constanza, y recogidas por la historia como un eco lejano del pobre moribundo: *El ánade no vuela alto, pero nacerán otros que arrancarán la verdad y se alzarán con rápido vuelo sobre los lazos de sus enemigos*.

La gran revolución que produjo en el mundo de las letras la *Instauratio Magna* de lord Bacon, considerada en el fondo, tampoco fué exclusivamente suya. Trescientos años antes que él, un monje inglés de su mismo apelativo, tan modesto como sabio y tan sabio como atrevido, surgiendo de en medio de las revueltas y de la confusión de esa larga noche que se llama Edad Media, ya había puesto los cimientos de la ciencia moderna, proclamando el principio de la libertad del pensamiento, y haciendo ver la necesidad que hay de subir hasta los primeros elementos de las cosas, empujando en el estudio de la naturaleza el método de la observación y del experimento, para asegurarse de la exactitud, de la verdad y de la certidumbre de los hechos, de sus causas y leyes.

De suerte que cuando en 1620 el *Nuevo Organon* derribaba por su base el sistema de Aristóteles y de los escolásticos, fundado en vanas sutilezas y en unos cuantos principios arriesgados, recibidos sin discernimiento ni comprobación científica, esa obra no hacía otra cosa que coronar la renovación comenzada por Rogerio Bacon, y proseguida con mayor suceso por esa pléyade de hombres ilustres, que en los siglos XV y XVI honraron á Italia, Francia, Inglaterra y Alemania.

Pero esto no es extraño, señor Presidente, pues atendida la limitación de nuestro entendimiento y la inmensidad del espacio que está llamado á recorrer, era natural que esa cadena interminable de ideas y pensamientos, que ha venido á constituir la ciencia humana, no se formase sino gradual y trabajosamente. Lo extraño es que muchas veces el error haya servido á su modo para encontrar la verdad, ó á lo menos para agrandarla ó fortalecerla. La teoría que desde hace doscientos años explica el movimiento de los cuerpos celestes, no se debió únicamente á la caída fortuita de una fruta, como se cree generalmente por hombres que no están acostumbrados á penetrar en el fondo de las cosas. Contribuyó á ella en gran manera el sistema de los vórtices ó torbellinos de Descartes, puesto que observando el paso de los cometas por el supuesto remolino del sol, y viendo que el movimiento de esos cuerpos no se podía explicar por la errónea hipótesis del filósofo francés fué que Isaac Newton, después de hacer las más ingeniosas demostraciones, vino á establecer y confirmar su grandiosa ley cosmológica de la gravitación universal, que hoy reina sin contradicción en el mundo de las inteligencias.

La misma labor, la misma marcha trabajosa y lenta, encontraremos, señor Presidente, en las instituciones que se refieren á la vida política de los pueblos. Esas palabras mágicas vertidas por el Cristo desde hace casi dos mil años, y que hoy son á la vez el símbolo de la democracia y el óleo santo del liberalismo; esa declaración de los derechos del hombre esculpida como un nuevo decálogo de la humanidad en el recinto de la más grande de las Constituyentes; ese código fundamental sancionado por la Revolución del 93, que fulgurará siempre como el Sinaí de la civilización moderna; en suma, todo ese trabajo de la Francia revolucionaria agitada por el genio de la fraternidad, que derribó los tronos y abolió los privilegios, inauguraron el reinado del derecho sobre la fuerza, de la inteli-